

# SOBRE LA HISTORIA MODERNA DE MÉXICO

*José FUENTES MARES*

DESDE LA APARICIÓN de *México a través de los siglos*, en días ya lejanos, no se había intentado un esfuerzo historiográfico de las ambiciosas proporciones de esta *Historia moderna de México*, que acaudilla Daniel Cosío Villegas. Fuera de todo criterio subjetivo, tanto *México a través de los siglos*, como el proyecto —consumado ya en su primer volumen— de la *Historia moderna de México* merecen el mayor respeto, sobre todo si se considera que los problemas que afrontaron son de tal magnitud, que fácilmente pueden hacer degenerar en minuciosidades de archivero el gran aliento de la historia viva que se pretende expresar en sus páginas.

La *Historia moderna de México* se encuentra en el caso de resolver problemas más complejos que los que se presentaron a *México a través de los siglos*, donde todavía el hecho desnudo, la fecha, el documento reproducido íntegra o parcialmente, gozaban de la autoridad que les había asignado muy larga tradición. La obra que dirige Cosío Villegas no podrá despreciar los elementos en cuestión, pero sí se verá en la necesidad de manejarlos en forma diversa y funcional, integrándolos orgánicamente en la estructura de la época cuya crítica se intenta. Por supuesto que, en el esfuerzo de análisis y síntesis, las preocupaciones personales del autor suelen hacer fracasar la objetividad, pero independientemente de que tal caída es normal en quien se aventura en la disección de las entrañas de su pueblo, siempre será laudable que en una obra como la *Historia moderna de México* tal caída guarde, por lo menos, la compostura debida, aun en los momentos en que la pluma se afiebra un tanto, sobre todo cuando se cruzan las sombras del héroe —don Benito— y del villano —don Porfirio.

Es digno del mayor elogio el método seguido en el análisis y síntesis del material de que se dispuso, cuantioso en grado superlativo, ya que el mismo Cosío Villegas nos dice que cerca de ciento veinticinco mil fichas comprobatorias quedarán, a disposición de los estudiosos, en los archivos del Colegio de México. A los autores de *México a través de los siglos*, pongamos por caso, no inquietó plantear la obra sobre la base de una concreta problemática, y bastóles con entregarse, a su modo, al relato de los grandes temas según como éstos se les suscitaban en el orden del tiempo. En su caso fue mayor el esfuerzo acumulatorio del material indispensable, siendo luego relativamente sencilla la tarea de organizarlo cronológicamente, hasta obtener la obra conocida de todos, valiosa sin duda, donde a cada capítulo corresponde un lapso determinado de la historia mexicana.

Es diverso el caso de Cosío Villegas y sus colaboradores, a quienes ya no interesó tanto la historia como relato, sino como problema. En la *Historia moderna de México* no se podía volver la espalda al tiempo, que es la circunstancia de la historia, pero el dato cronológico sólo sirve para enmarcar los acontecimientos cruciales de la República Restaurada primero, y del Porfiriato después, hasta lograr, en finales, una síntesis metódica y atractiva. De los seis volúmenes, los tres primeros se destinan al tema de la República Restaurada y los tres últimos al Porfiriato. La obra que dirige Cosío Villegas busca y consigue —al menos en el primer volumen a la vista— una síntesis metódica; tienen allí su lugar el problema y su tiempo, el orden cronológico y la circunstancia.

El manejo de las fuentes informativas constituye uno de los mejores aciertos del libro que comentamos. Servirse de más de cien mil fichas en la confección de una obra no es precisamente tarea de principiantes. La sola faena acumulatoria de materiales es ya en sí importante, pero superior aún resulta el tino para servirse metódicamente de los materiales reunidos. Sólo criticaremos, por ser ésta nuestra convicción, la prolijidad en el análisis —y en la correspondiente referencia documental— que domina en algunos subcapítulos de este pri-

mer volumen. Citemos como ejemplo el dedicado al relajamiento constitucional, y particularmente a la discusión de las leyes contra salteadores y plagiarios. Seguramente pudo haberse sintetizado en tres páginas lo que se asentó en treinta, sin que el tema general —el relajamiento constitucional— hubiera resultado planteado en forma menos convincente. La prolijidad es el enemigo número uno de libros como éste, en que se maneja un aparato documental gigantesco. Unas buenas tijeras habrían prestado al libro mayor ligereza. Y que no se nos diga que precisamente se buscó eludir la ligereza, que no es el vicio opuesto a la profundidad, sino la virtud que se mantiene frente a la minuciosidad extremada, y por ello mismo estéril.

Debe ser apuntada —y elogiada en justicia— la marcada preferencia que la obra da a las fuentes primarias sobre las secundarias. Es patente la preocupación por acudir al material de primera mano, por tomar el acontecimiento como fue, o por lo menos como lo vieron los contemporáneos, y no como lo enjuició la crítica posterior, ya extraña al contorno de la circunstancia. Las fuentes primarias llevan consigo la frescura emocional de lo históricamente vivo; informan, en tanto que las fuentes secundarias, por regla general, deforman.

Uno de los mayores obstáculos que habrá de superar la *Historia moderna de México* será el de la variada intervención de redactores. Obviamente, como el mismo Cosío Villegas lo dice, una obra de tal magnitud muy difícilmente podría ser el fruto del esfuerzo de un solo hombre. No es imposible, por supuesto, pero sí poco probable que coincidan en una obra de esta naturaleza la entrega total de una vida, larga y afanosa, en colaboración con la fortuna mayúscula que exigirían no sólo el tiempo invertido en el trabajo, sino la asequibilidad de los materiales indispensables, todo ello manteniendo al autor alejado de las angustias suscitadas por el problema del pan.

Ciertamente la colaboración de diversos autores en una misma obra implica riesgos graves. No sabemos todavía cómo se resolverán, dado que este primer volumen que comentamos

fue por entero obra personal de Cosío Villegas. Su unidad estilística es, por lo mismo, total. La primera parte: "Herencia y legados", consigue un estilo sugerente, y a veces encantador. Viene a ser posiblemente, en este sentido, lo mejor del volumen, sin que ello implique desmerecimiento de los restantes, en alguno de los cuales, como ya dijimos, sólo molesta la insistencia sobre temas que pudieron ser tratados con mayor brevedad.

La objetividad que se propone Cosío Villegas en este volumen, y en la obra entera, creemos que no se mantendrá incólume del todo, y esto, fundamentalmente, a causa del antiporfirismo notorio de nuestro autor. Trasciende en este punto la pasión del hombre Daniel Cosío Villegas, y si bien, por supuesto no llega a emplear palabras o expresiones de mal gusto, es indudable que la pasión antiporfírica encuentra repetidos cauces de expresión. Así, por ejemplo, si espigamos en varios de los capítulos del volumen publicado, aparecerá que al plantear la tesis explicatoria del odio que los hombres de acción experimentan frente a los ideólogos, se acude inmediatamente al ejemplo de Porfirio Díaz y a su "desprecio por la palabra y por la pluma". Al mencionar la fórmula "menos política y más administración", se hace notar a continuación que ésta "no fue ciertamente de Díaz". Se traza luego el perfil de don Porfirio como el de un hombre brutal, y se acude repetidamente a expresiones como "la ruda mano porfírica" y otras de parecido jaez. Más todavía: en la página 91 de este volumen se escribe: "Díaz, a pesar de la insistencia sospechosa con que se han examinado y publicado sus certificados y calificaciones escolares, no era intelectual, y *estaba bastante cerca del analfabetismo*, padecimiento éste que no cura un título profesional, que Díaz, por otra parte, no obtuvo a pesar de habérselo propuesto. Lerdo era socialmente refinado y Díaz primitivo..." Y aquí falla el gigantesco aparato documental de que Cosío Villegas dispuso. No existe en todo el párrafo una sola "llamada" que nos permita comprender por qué basta el hecho de no ser un intelectual para quedar bastante cerca del analfabetismo. No podría haberla tampoco, por

traducirse allí sólo la personalísima inquina de don Daniel Cosío Villegas. Con el Benemérito, por supuesto, la tónica cambia, orientada hacia la filia: "Era un estupendo y consumado político"; "tenía los ingredientes que hacen al gran político"; "era flexible y conciliador". Todo ello, al igual que la tirada antiporfirística, también de la exclusiva cosecha de Cosío Villegas.

Por el deseo de apuntar las escasas muestras de lo que en este volumen puede llamarse objetable, y no por crítica inmoderada, hemos insistido en el punto anterior. En conjunto, el primer volumen de la *Historia moderna de México* merecerá el aplauso de los más exigentes; las virtudes se impondrán, y sobre todo la más importante en opinión del autor de esta nota: la de arrojar definitiva luz sobre las angustias de la República Restaurada, poniéndonos en contacto, de paso, con aquella prensa periódica que no volverá, prensa pensante y combatiente, doctrinaria, en contraste con la que nos agobia hoy, víctima de un mercantilismo atroz y sin esperanzas de remedio.

La ejemplaridad de aquel periodismo es objetiva, y no requiere comparaciones, al igual que la del parlamentarismo mexicano de la época, auténtico, expresivo de la más viva decisión por la libertad. México fue por poco tiempo una democracia agitada, fiera y desordenadamente si se quiere, pero siempre por el tema de la libertad. La defensa de la Constitución y de las libertades en ella consignadas constituye la preocupación política fundamental: el Congreso contra el Ejecutivo; el Pueblo frente al Poder.

Independientemente de que entonces vivieron los máximos mexicanos que este país ha conocido, todos, hasta los más discutibles, padecían por la angustia de la libertad. Ésta es la lección oculta en el primer volumen de la *Historia moderna de México*, la lección que seguramente Cosío Villegas ha querido hacer llegar a todos los mexicanos capaces de interesarse en el pasado para normar, sobre esa base, su juicio del presente y su conducta en el futuro. Nos ha embarcado en la disección de un México angustioso, que a los actuales mexica-

nos nos parece extraño ya. Extraño, sí, y tal ver perdido, pero siempre vivo este México que se nos fue de las manos, en aras de la paz porfirica primero, y de la demagogia descalza después. La *Historia moderna de México* será como una expresión de los sueños que este país vivió tan breve como profundamente.